

## **CAPÍTULO SEGUNDO:**

### **EL ASCENSO DE HOOX**

El cuartel no estaba bien protegido.

La guarnición estaba compuesta por novatos.

Las solicitudes de artillería pesada habían sido denegadas.

En esas condiciones, por supuesto que el motín estaba triunfando.

Y lo peor era que el planeta merecía la pena. Una atmósfera un poco cargante hasta que uno se acostumbraba, sí, pero los campos eran fértiles y daban buenas cosechas, y los rebaños de animales tenían una carne sabrosa al paladar. Había abundancia de vegetales y animales. Si llamaba a la Estrella de la Muerte, nada quedaría salvo un núcleo de minerales.

No, esta amenaza debía tratarse de un modo distinto, pensaba el comandante Hoox, sentado en la mesa de su despacho. La silla, traída de otro planeta, no tocaba el suelo, sino que se mantenía en el aire a través de un sistema de empuje de gas a presión. La mesa, por el contrario, era del propio planeta y tenía dos patas, una en cada esquina.

La pragmática mente de Hoox comprendía totalmente la situación. Los habitantes de esta pequeña colonia habían sido conquistados por el poderoso Imperio Galáctico, y se les había dado la oportunidad de pertenecer a algo más grande que ellos mismos. Se dictó una cantidad razonable que debía ser entregada al Imperio como impuestos. Ante las negativas del gobernante, un absurdo rey, hubo que tomar una serie de medidas lamentables pero necesarias para promover su abdicación. Cuando el rey se negó, se tuvieron que tomar medidas aún más lamentables, pero necesarias de todos modos para poner al gobernador imperial en el poder.

Pero ahora, esos civiles tenían un líder. Un carismático ciudadano surgido de la nada, con suficiente poder de convicción para hacer que los granjeros abandonasen azadón para tomar estaca. Matarlo supondría enfrentarse a un mártir, había dicho el gobernador.

Y ahora, el gobernador estaba muerto. Y probablemente también lo estará casi toda su guarnición. Ni siquiera el propio Hoox pudo detectar el veneno en el rancho, aunque su organismo hubiese logrado eliminarlo posteriormente. De hecho, Hoox se atrevía a pensar que era el único humano del planeta.

A través de su ventana, Hoox podía oír los clamores de la

multitud. Con consignas como "A muerte" y "Entregádnoslo", la plebe pedía su piel. Hoox no necesitaba mirar para imaginarse a cientos de miles de personas alzando lanzas y antorchas por encima de sus cabezas sin orden ni concierto. Cientos de miles de personas que habían vencido a su guarnición, y que probablemente ahora contaban con sus vehículos.

Hoox no les odiaba. No especialmente. Iba a tener que tomar medidas represivas, por supuesto, pero sólo porque ellos no le habían dejado otra opción.

La puerta de Hoox empezó a temblar, golpeada desde el otro lado probablemente con un improvisado ariete. Hoox seguía sentado, impasible, mientras la puerta sufría daños constantes. Caería de un momento a otro.

No cayó: Se hizo astillas. El ariete era el tronco de un árbol, y lo llevaban tres hombres. Uno de ellos era especialmente grande y fuerte, dos o tres cabezas más alto que Hoox, y con prominentes músculos por todo su cuerpo.

Todos los hombres eran alienígenas de la misma especie. Tenían aspecto humanoide, aunque sus brazos eran excesivamente largos en comparación con el cuerpo, tenían sólo tres dedos en cada mano, y sus cabezas, sin más rasgos humanos que la inteligencia, se extendían hacia adelante en un hocico de más de treinta centímetros que dominaba sus rostros. Tenían pequeñas orejas a los lados, y una mata de pelo sin cuidar parecida a la vegetación salvaje, aunque de un verde algo más claro.

Detrás de esos tres hombres entraron otros cuatro, armados con rifles bláster y flanqueando a un octavo. Un octavo al que Hoox reconoció de inmediato, aunque ésta era su primera reunión en persona. Era joven, de no más de veinticinco años o el equivalente en su raza, y su pelo era más bonito de lo normal. También era aceptablemente atlético. Vestía un uniforme absurdo de funcionario público, pero lo llevaba con dignidad y orgullo, abrochándose hasta el último botón y sin haberse manchado nada, dando una idea de cuán activa fue su participación en la batalla.

-Lo que no entiendo -dijo Hoox, levantándose- es porqué no piden cita, como todo el mundo.

-Se acabó, Hoox -dijo el líder-. Ahora acaba el reinado de terror de tu Imperio sobre nuestro planeta.

En el exterior, la multitud podía ver las siluetas que ahora ocupaban el despacho de Hoox, remarcándose contra la iluminación en la noche. Sus vítores subieron de volumen, y agitaron con más fuerza sus armas.

-Has perdido -continuó el líder civil, cruzando los brazos para intimidarle. No parecía funcionar, puesto que Hoox sólo se puso delante de su mesa y, con toda tranquilidad, se sentó sobre ella.

-Esto no es lo que yo quería -dijo Hoox-. Ahora ha muerto gente.

-Nuestras filas sólo cuentan con unos pocos heridos -expuso el líder-. Tu guarnición ha sido barrida por completo.

-Exactamente, ¿qué pretendéis? -preguntó Hoox-. No podéis contar de nuevo con vuestro rey. ¿Pretendéis instaurar una república?

-Ha habido supervivientes en la familia real -respondió el líder-. No te diré cuántos ni dónde están, porque, de un modo u otro, no estarás en el planeta cuando el nuevo monarca sea coronado.

Hoox mantenía la calma ante las amenazas.

-Y supongo que ya no puedo comunicarme con la flota imperial, claro -dijo Hoox, con cara de estar meditando sus alternativas. El líder se dio cuenta y se las escupió.

-Tienes dos opciones -dijo el líder-. Si te rindes ahora, te garantizo un juicio por tus crímenes de guerra. Será un juicio justo, y tendrás tu ocasión de defenderte. Si no, te entregaré a ellos y les dejaré hacer -el líder hizo un gesto con su cabeza hacia la ventana, hacia la multitud que seguía pidiendo sangre a gritos.

-No acepto órdenes de un civil, ciudadano -dijo Hoox-. Te propondré un trato yo a ti: Si esta pequeña insurrección termina ahora mismo, se tomarán medidas represivas únicamente contra los líderes importantes, incluido tú, por supuesto. Cualquier miembro de la familia real que quede con vida podrá mantener un puesto simbólico, pero no sería juzgado por los actos que han tenido lugar esta semana. Los ciudadanos que no sean directamente responsables de un daño grave a la propiedad o el personal del Imperio, no serán molestados. No se condenará a ningún civil directamente responsable de tales daños si el civil es menor de edad o está ya jubilado. Por el contrario, en caso de que no se detenga la insurrección en el plazo de un minuto, las medidas represivas serán... especialmente drásticas.

Los alienígenas empezaron a reír a mandíbula batiente, algunos de ellos con los brazos en jarras.

-¿Y cómo vas a hacer eso? -preguntó el líder, entre risas-. No cuentas con tus tropas. Tu arsenal ha sido tomado. No puedes bombardearnos porque sacrificarías también tus preciosas cosechas y ganado.

-Consideraré que de momento no se han aceptado mis exigencias -dijo Hoox. Permaneció en silencio durante varios eternos segundos después de eso.

-¿Y bien? -dijo el líder.

-Estoy esperando a que pase un minuto -dijo Hoox-. Tal vez entre la sensatez en tu cabeza y aceptes.

-Ya basta -dijo el líder-. Está claro que no se va a rendir. Tonkiur, cógelo.

El alienígena grande y musculoso caminó hacia Hoox, enseñando sus dientes en una absurda sonrisa.

Mientras tanto, fuera, la multitud seguía gritando y

exigiendo la vida del que, hechos los cálculos de las bajas, era el último imperial sobre el planeta.

La ventana izquierda del despacho de Hoox se rompió en un millar de pedazos pequeñitos cuando un cuerpo la atravesó. El cuerpo caía a plomo, una caída de nueve pisos, ante los aullidos de aprobación de la gente. Los que estaban donde iba a caer, se apartaron para dejarle sitio.

La alta gravedad del planeta hizo que no tardase en tocar el suelo, en un dantesco espectáculo. La gente seguía gritando de alegría: Hoox había muerto.

-¡No es Hoox! -gritó uno de los que estaban más cerca del cadáver.

La multitud guardó silencio al fin.

El cadáver no era de un humano: Era de uno de los suyos. De un alienígena especialmente grande y musculoso.

En el despacho de Hoox, el líder civil apuntaba al comandante imperial con un bláster.

-No sé cómo has tirado a Tonkiur, pero ese truco no te va a servir contra un disparo.

Hoox seguía perfectamente tranquilo, como había estado desde el principio.

-No, probablemente no. Creo que necesitaré un truco nuevo.

-Pues más te vale pensarlo rápido -dijo el líder, disparando contra Hoox.

En una fracción del tiempo que se tarda en pensarlo, Hoox adoptó una nueva pose, tomando el pequeño cilindro metálico color negro que colgaba de su cinturón. Presionó un botón del cilindro y un filo de energía amarilla se extendió cincuenta centímetros ante el cuerpo del comandante. El disparo de energía roja colisionó con el sable y fue redirigido contra su emisor, impactándole en la mano que había disparado. El dolor le hizo soltar el arma y mirar hacia abajo un momento para agarrarse la herida con la otra mano. Cuando levantó la vista, Hoox ya no estaba.

-¿Pero dónde...?

Una explosión parecía responder a eso. Venía del lado por donde había caído Tonkiur, y a través de la ventana rota, el líder pudo ver cómo explotaba un vehículo de transporte de tropas, a unos cuarenta o cincuenta metros de su posición actual.

-¡Ahí está! -gritó.

Y entonces explotó otro vehículo similar, que estaba a cinco kilómetros del primero.

El líder se quedó boquiabierto.

Oyó otra explosión a su espalda. A través de la ventana del otro lado, a otro montón de kilómetros, explotaba algo más, llevándose por delante a otra treintena de hombres.

Se habían enfrentado a una guarnición imperial sin sufrir más que tres bajas por heridas graves y unas cuantas heridas leves. Pero ahora, un solo hombre acababa de matar a sesenta y uno de los suyos en menos de un minuto.

-No te preocupes -dijo uno de sus compañeros alienígenas-. No tiene ninguna posibilidad. Él está solo, y nosotros somos un millón. ¿Qué va a hacer? ¿Matarnos a todos?  
El alienígena hizo una mueca.

Desde entonces había transcurrido una semana. El índice de bajas era catastrófico. Hoox estaba solo, de eso podían estar seguros: Ninguna nave se había acercado a la órbita del planeta, y no había sobrevivido ningún otro humano a su motín.

Pero Hoox, comportándose como una especie de ente asesino, había estado matando a unas setenta mil personas diarias. Era como si estuviese en todas partes a la vez, y aún así nadie le podía ver, mucho menos tener una oportunidad contra él. Hoox era un tornado de muerte y desolación. Ya llevaba cuatrocientos noventa mil. Prácticamente la mitad del millón inicial.

El líder se encontraba con demasiados casos extremos en sus manos. Una anciana se había presentado ante él llorando el día anterior. Ella pedía respuestas, pedía que salvase a sus seres queridos, pedía que explicase porqué algunos ya habían muerto... pero él no podía hacer nada por ella. Sin dejar de llorar, ella se alejó, y en cuanto llegó a su casa, se suicidó.

El índice de suicidios aumentaba drásticamente. Uno de cada diez se suicidaba cada día. Supuestos accidentes provocados por sabotajes. El líder, en mangas de camisa y con el cuello desabrochado, sostenía un cilindro de droga blanda en su mano mientras miraba por la ventana del despacho de Hoox.

-¿Cómo puedo detenerle? -se preguntaba-. No puede ser invencible. Ya he tomado su base de operaciones principal; es obvio que ahora está usando otra.

-Tal vez no -oyó el líder a su espalda.

Se giró rápidamente y pudo ver la figura del hombre al que temía más que a nada salvo tal vez la muerte. Pero pronto comprendió que ese hombre sería probablemente su muerte.

-¿Cómo has entrado? He puesto un montón de vigilantes en todas las puertas. Ni tú podrías matarlos a todos.

-Es mi casa lo que ocupas -respondió Hoox-. Tú no has descubierto ni uno de los accesos secretos a este complejo.

-Suelta tu arma y resolvamos esto como hombres -desafió el líder, adoptando una posición marcial-. Esto es entre tú y yo.

-No, no lo es -dijo Hoox-. Te di la oportunidad de que fuese entre tú y yo, pero la rechazaste. Y ahora, setecientas mil personas han muerto por tu orgullo. Por tu vanidad. Por tu culpa. ¿Cómo te sienta eso?

-Hasta el último de nosotros se enfrentará a ti -rugió el líder.

-Te sorprendería ver cuántos hombres íntegros y orgullosos

se arrodillaron para suplicarme piedad nada más verme. Podría darte nombres; algunos eran amigos tuyos.

-¿Temes un duelo justo? -el líder, aguantando sus lágrimas, intentó jugar lo que consideraba su última baza-. Si te venzo, perdonarás la vida de los que quedan.

-¿Y qué gano yo si te venzo a ti? No hay nada que puedas ofrecerme.

-Me habrías vencido en mi propio terreno. Habrías destruido lo único que no puedes destruir de otro modo: Mi orgullo. Tendrías mi vida, pero no moriría de pie.

-Eres divertido -Hoox sonrió-. Por eso no te he matado.

-Deja tu sable de luz, y arreglemos esto.

Hoox apoyó su arma en la que había sido su mesa, y volvió a mirar al líder. Éste gritó un monosílabo al tiempo que descargaba con gran fuerza su mano contra una escultura decorativa del despacho.

-Era un drreelb de coralina hecho en Alderaan -dijo Hoox, sin inmutarse-. Me costó muchos créditos.

El líder tampoco se inmutó, y mantuvo su posición de ataque. Saltó contra Hoox.

Cuando despertó, tenía grilletes magnéticos en sus muñecas y en sus tobillos, y estaba sentado en el suelo de una húmeda y lóbrega celda. Sentía un pequeño animal cerca de él, mordiéndole la pierna. Aunque no hubiese tenido los grilletes, no habría podido moverse.

Hoox estaba ante él, en pie, sonriéndole sádicamente. El líder no podía recordar haberle encajado ni siquiera un golpe.

-Buenos días.

-Tengo hambre... -dijo el líder-. ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

-Seis días. No temas, la comida pronto será tu última preocupación.

-Seis días... ¿Cuántos quedan? ¿Noventa mil?

-Muchos menos. Cuando se retransmitió nuestro combate, la poca moral que retenían algunos desapareció totalmente. Los suicidios fueron tan frecuentes que... Bueno, mi calendario se adelantó en más de un día.

El líder intentó tragar saliva, pero apenas le quedaba.

-¿Veinte mil? -preguntó.

Hoox siguió sonriendo.

-¿Mil?

Hoox se acercó a él y le puso una mano en el rostro. Estaba utilizando el poder de la Fuerza, aunque el alienígena nunca había oído hablar de eso y no sabía de qué se trataba.

Pero comprendió sus efectos cuando, a través de sus ojos, se vio a sí mismo, como en un espejo, boquiabierto.

-¡Soy yo! -dijo y se oyó decir.

-Estoy utilizando un poder especial que poseo -dijo Hoox-.

Ahora son mis ojos los que envían su señal a tu cerebro. A todos los efectos, ves a través de mis ojos, aunque sólo puedes controlar tu cuerpo y no el mío.

-¿Por qué?

-Bueno, no quiero que te pierdas el gran final.

Hoox se dirigió a la puerta de la celda y se alejó, caminando lentamente. Salió de su cuartel y se subió a un vehículo. Se acercó a un bosque, y después a una montaña. El líder comprendió qué camino estaba siguiendo, y cerró los ojos para no verlo, pero su cerebro seguía registrando todo lo que veía Hoox.

Se acercó a una gruta en la montaña, y se detuvo un momento para hablar. Apparentemente, nadie oiría lo que dice, pero él sabía que no era así.

-Supongo que ya sabes lo que viene ahora -dijo Hoox-. Recuerda que te ofrecí la oportunidad de evitar esto. Todas las muertes son culpa tuya.

Hoox caminó por la gruta, atravesando el laberinto con la familiaridad de quien se lo conoce de memoria... o sabe dónde tiene que ir.

En una esquina de un pasillo sin fondo, Hoox vislumbro más que ver una figura en posición cuasi fetal. Sostenía algo entre las manos y repetía "Sssshh... Sssshh..."

Hoox encendió una vara brillante y la apoyó en el suelo; no quería que su prisionero se perdiese esto.

La luz iluminó a una mujer con un bebé entre sus brazos. Ambos estaban llorando; el bebé, además, gritaba.

-Saludos, Alteza -dijo Hoox.

La mujer, sin levantarse, dirigió sus ojos llorosos a Hoox. No tenía más de dieciséis años.

-Por favor... -dijo ella-. Máteme si es lo que quiere, pero a él perdónele. Es sólo un bebé. ¿Qué mal puede hacerle?

-No puedo dejaros vivir, Alteza -dijo Hoox-. Ni a él tampoco. Es el heredero al trono, después de todo. Pero recordad que no soy yo quien buscó esta situación.

Alzó su sable de luz amarillo.

Mientras, en la oscuridad de una celda, los labios de un prisionero gritaron, pero sus oídos nunca pudieron oír el grito.

La figura del monitor vestía el uniforme de un Gran Almirante, pero contrariamente al resto de los Grandes Almirantes, tenía la piel azul y los ojos rojos.

-¿Ni una sola forma de vida? -dijo el Gran Almirante.

-Inteligente no, señor -respondió el comandante Hoox-. Me he encargado de que el ganado y las cosechas no sufran daño, y la mayoría de las construcciones están relativamente intactas. El planeta Swarquen puede ser recolonizado. Señor.

-Tiene usted talento, iniciativa, astucia, inteligencia, valor y lealtad -dijo el Gran Almirante-. Deseo ser el

primero en felicitarle por su promoción...

-¿Señor?

-...almirante Hoox. Mi enhorabuena.

-Gracias, señor.

-Persónese en Gork IV lo antes posible para recibir sus órdenes.

-Sí, señor, saldré de inmediato.

El ahora almirante Hoox se giró. Había tardado una semana en arreglar los computadores de comunicación y enviar un mensaje al Imperio. Pero ahora habían enviado una nueva guarnición con equipo tecnológico, y una lanzadera para sacarle. Soldados de asalto y oficiales técnicos ante diversas computadoras ocupaban el espacio de la sala de comunicaciones.

La única otra criatura inteligente viva en todo el continente era el último de su raza. Después de lo que había visto por los ojos del almirante, intentó suicidarse antes que vivir con un millón de fantasmas sobre su conciencia. Pero Hoox entregó su cabeza a los monjes B'omarr, para que le privasen del uso de sus músculos, manteniéndolo con vida. Ya no podía suicidarse, y tendría que vivir con ese horrible recuerdo.

Un oficial técnico llamó la atención de Hoox.

-Señor -le dijo-, todo el ganado censado está recogido, y se supone que no hay formas de vida en un radio mayor de diez kilómetros, ¿correcto?

-Correcto -respondió Hoox.

El oficial técnico señaló un blip en su radar que sucedía a más de diez kilómetros, en una zona desértica e inhabitable.

-¿Entonces qué es este blip?

-Yo no veo ningún blip, soldado -respondió Hoox.

-Es cierto, señor -dijo el soldado-, yo tampoco. Lamento haberle molestado, muchas gracias.

El soldado creía que Hoox estaba ocultándole información de alto secreto, pero en realidad el almirante no había visto el destello en la pantalla. Mejor dicho, sus ojos lo habían visto, pero su cerebro no lo había registrado. El emisor del blip se había encargado de ello.

## **Fin del segundo capítulo**



## **CRÉDITOS**

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez  
para [www.loresdelsith.net](http://www.loresdelsith.net) y [www.sithnet.com](http://www.sithnet.com)

Para contactar con los autores escribe a: [in\\_nomine\\_stellaris@hotmail.com](mailto:in_nomine_stellaris@hotmail.com)

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.